

Rizos de miedo en La Habana

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Algunos periodistas y profesionales que escriben para los medios oficiales han afirmado que la población rechaza a los rastafaris. Sería útil saber a quiénes y a cuántos engloban ellos con el término población. Tampoco está de más que ilustraran su aserto con datos, digamos, el resultado de una encuesta. Esta no es la más peregrina de sus aseveraciones. Peor es cuando sostienen que los responsables de que la población cubana rechace a los rastafaris son algunos de los propios representantes de ese movimiento, por estar vinculados al consumo y comercio de drogas y otras lacras como la prostitución.

Parece ser que la crecida, en los últimos tiempos, del movimiento rastafari en Cuba y muy especialmente en La Habana, trae a reflote uno de los males endémicos de nuestra sociedad: el miedo al negro y a lo negro, que curiosamente resulta ahora mucho más visible entre los estratos del poder que entre la población corriente, en la cual, no en balde, se patentiza un aumento de la proporción de negros y mestizos.

La verdad es que a estos promotores de opinión no les consta la actitud de menosprecio que acreditan en sus textos al cubano de a pie. No puede constarles, porque en concreto no se ha manifestado sino dentro de minorías presumiblemente conformadas por la subespecie de los racistas, que son como lombrices: en vez de extinguirse, cuando los cortan, se

multiplican. Sin embargo, sabiéndolo o no, y aun cuando actúen o finjan actuar al margen del fenómeno, tales promotores de opinión ayudan en la práctica a propagar esa epidemia llamada miedo al negro.

El peso de los rastafaris dentro del tumefacto panorama cubano del comercio de drogas, la prostitución y el proxenetismo, representa en rigor la clásica aguja en el pajar. Y no es verdad probada que el simple uso de *dreadlocks* y otros atributos de ese movimiento constituyan atractivos extras para el éxito en el mercado del sexo con turistas extranjeros. No en mayor medida que aquel que constituye por sí mismo ser negro, se lleve o no los cabellos trenzados y los *tams* o gorros tejidos.

Los rastafaris no auténticos (apodados en La Habana *rastafalsos*) conforman una tendencia que en modo alguno es exclusiva de nuestros predios. Al igual que en otros muchos sitios del planeta, no resulta determinante en las malas o buenas opiniones que la gente pueda hacerse en torno a ese movimiento, que por demás goza hoy de arraigo histórico y propagación internacional suficientemente vasta como para imponer modas en el vestir y en otras prácticas, que lejos de resultarles perjudiciales, reafirman su ascendencia.

Son pocos, por no decir ninguno, los rastas cubanos (auténticos) que puedan ser

acusados con justicia de estar asumiendo conductas delictivas, dentro de una atmósfera en que la corrupción es el pan nuestro de cada día, a cualquier nivel, desde las altas cúpulas del poder político hasta los estamentos más pobres del pueblo, cuya gente es empujada a la ilicitud sin disyuntiva. Los que aparentan ser rastafaris sólo por una moda, esos *rastafalsos*, existen sin duda y no escasean (aunque no todos son traficantes y prostitutas o chulos, como se pretende), pero en todo caso no pueden determinar la desaprobación del pueblo hacia el movimiento, porque éste, nacido del pueblo y conviviente con sus capas humildes, ha logrado identificarse a través de un código de ética que no deja lugar para equívocos. Tal vez lo que ocurre es que, precisamente, son algunos de los preceptos de ese código de ética y no la conducta de los *rastafalsos*, los que preocupan al poder y han disparado el recelo oficial.

Halando la sardina

Otra nota que llama la atención en los medios estatales es la insistencia con que se repite que los rastafaris de Cuba tienden a diferenciarse del movimiento en otros países, es decir: que más o menos han logrado cubanizar su parcela de rastafarismo. Como deben saberlo los autores de tales textos, esa no es una circunstancia exclusiva de Cuba. Todo lo contrario, las propias bases del movimiento (en tanto expresión cultural itinerante) propician la adopción de estilos y tendencias particularizadoras, según el lugar en que se asienta. Nuestro caso no tendría por qué ser una excepción. Lo extraordinario puede estar en el énfasis que ponen los medios oficiales sobre un rastafarismo a lo cubano, esperanzados quizá en que éste, a partir de su distanciamiento de los patrones originales, abra

figuras para las influencias del poder político, ante el cual la ortodoxia rastafari mantiene, por precepto, alejamiento y reticencia.

En un estudio del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, la socióloga Angie Alejandra Larenas¹ reconoce que los rastafaris encuestados por ella rechazaron, en general, el esquema monolítico del sistema de gobierno. Esta posición, junto a su resuelto repudio a las actitudes y políticas racistas que afectan a los negros, se alinean entre los principios fundamentales del código de ética, los cuales no se diferencian del movimiento en otras partes del mundo. Sin embargo, el poder político, a través de diversas representaciones e instancias, continúa empeñado en sumar los rastafaris a su obediente rebaño, socorriéndose con las alegaciones demagógicas de siempre, muy en especial la amañada cubanización de sus costumbres y preceptos. Se trata de una estrategia política demasiado obvia como para no levantar sospechas, que ahora mismo encuentra plataforma en las Casas de Cultura, en la Asociación Hermanos Saiz, en la Casa del Caribe en Santiago de Cuba, en la red de Casas de la Cultura Africana, en la Unión de Escritores y Artistas, en la Unión de Jóvenes Comunistas y la Federación de Mujeres Cubanas, entre otras instituciones oficialistas. Si en lugar de hacerlo en estos tiempos, el rastafarismo hubiese mostrado señales de expansión sólo unos pocos años antes, el gobierno habría interrumpido su afluencia sin contemplaciones, pues representa una mosca en la leche para su sistema totalitario y un conducto para la permanente denuncia de las desventajas que han sufrido aquí los negros, por detrás del florido discurso oficial. Pero es una realidad que en este momento ciertas condicionantes nacionales y, sobre todo, internacionales, obliga a la cautela. De modo que han preferi-



do revertir el inconveniente tratando de halar la sardina para su sartén. Y como no podría ocurrir de otra manera, están contando para ello con el indolente soporte —y a veces quizá con la complicidad— de periodistas y especialistas en distintas ramas del saber, que actúan como promotores de opinión a través de los medios.

Conmigo o contra mí

Por supuesto que, no obstante esa nueva coyuntura, el gobierno cubano puede terminar aplicándole a los rastafaris la máxima de «conmigo o contra mí», que siempre ha tipificado su sistema de poder. De hecho, ya la aplica contra aquellos miembros que están respondiendo con manifiesta renuencia ante las maniobras oficiales para atraer al movimiento. Entretanto, los dos picos más notables de la novedad son justamente ese proyecto para controlar a los rastafaris dentro de las estructuras de su dominio; y el uso de mecanismos relativamente sutiles que persiguen el manejo de la opinión popular mediante el distinguo (según se dejen controlar o no) entre

rastafaris buenos y malos, auténticos y falsos, respetuosos de la ley e integrados a la sociedad y los marginales, extranjerizantes, viciosos y apátridas.

La antropóloga Katrin Hansing, profesora invitada del Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Bayreuth (Alemania), ha realizado estudios muy bien documentados (e imparciales políticamente, como corresponde a su valía intelectual) sobre el rastafarismo en Cuba y lo describe como un movimiento en alza a partir de los años noventa del pasado siglo, cuando:

«la crisis económica cubana y la apertura y el crecimiento subsiguientes del turismo facilitaron y ampliaron el ingreso, acceso y circulación de información, ideas y estilos extranjeros.

Si bien el estado sigue firmemente en control de la producción cultural oficial y mantiene su postura ideológica antiimperialista respecto a lo que considera la hegemonía cultural norteamericana, existe menos restricción sobre el influjo de tendencias culturales provenientes del exterior, así como respecto a la atracción que despiertan. En

especial los jóvenes están adoptando una amplia variedad de estilos extranjeros y se comportan con mayor audacia en sus formas de autoexpresión. Esto ha inducido a muchos más a dejarse crecer sus *dreadlocks* y a identificarse abiertamente con el movimiento»².

Karina Velázquez Pérez, basándose en presupuestos del estudio de Katrin Hansing, mezcla rigurosos datos históricos con dudosos pareceres propios al establecer que lo rastafari, con sus concepciones y su tardía aparición en Cuba, es de una manera u otra explicable desde la historia y los cambios socio-históricos transcurridos en el contexto nacional:

- a) Herencia de un humillante pasado esclavo de la población afrodescendiente de la isla.
- b) Surgimiento de movimientos bajo expectativas de “Retorno a África”, en los inicios del siglo XX.
- c) Participación activa de Cuba en los diferentes congresos panafricanos.
- d) Celebración en Cuba, en la década de los “60, de diferentes conferencias latinoamericanas donde son expresadas ideologías con fuertes interés en los problemas del hombre negro, alzándose voces a favor de la Negritud y el Black Power.
- e) Influencia del Garveyismo y existencia en Cuba de más de 50 filiales de la Asociación para el Mejoramiento de los Negros Unidos (UNIA) a mediados de los años 20 en el pasado siglo, cuyo credo era Un Dios, Un Objetivo, Un Destino, el cual es aún abandonado por los Rastafaris.
- f) Presencia de un Etiopianismo religioso en parte de la población negra cubana, destacando la figura de José Antonio Aponte, adepto a un pensamiento pancaribeño, panafricanista, abolicionista y anticolonialista en el siglo XIX.

g) Continuidad y aprehensión del rol africano heredado.

h) Entrada al país de trabajadores y estudiantes extranjeros fundamentalmente caribeños, adeptos a la cultura Rastafari.

i) Influencia de la música Reggae.

j) Con la apertura del turismo y la despenalización del dólar en la década de los “90, la circulación de la información, ideas y estilos extranjeros son asimilados por el pueblo cubano, y el acceso a ellos es prácticamente inevitable.

k) Sobrevivencia de viejas desigualdades y prejuicios raciales.

l) Resurgir de la religiosidad o revivalismo religioso en el pueblo cubano.³

Después de repasar estos doce puntos que han condicionado el actual auge del rastafarismo entre nosotros, hay una pregunta que cae por su peso: ¿Cómo es posible que, a pesar de la convergencia de tantas condicionantes históricas de vieja data, este movimiento no haya prosperado antes en Cuba? Ya hemos visto que Katrin Hansing ofrece algunas claves primordiales para entenderlo. Pero no explica (tal vez por ser fiel a su imparcialidad política) que ante todo y sobre todo no ocurrió porque el gobierno revolucionario no habría estado dispuesto a permitir la libre acción de un movimiento como ese, con ideas y prácticas contrarias al estatus de partido único y de ateísmo y aceptación por ley de su monopolio del poder.

Hay otros motivos que de algún modo también se relacionan con el anterior. Por ejemplo, en *La cultura Rastafari en Cuba* (2011), primer libro en español que se publica en el ámbito cubano y caribeño sobre este tema, su autor, el investigador y especialista en Ciencias del Arte Samuel Furé Davis, afirma: «Era realmente difícil que la sociedad en general y las autoridades institucionales



aceptaran de la noche a la mañana una cultura de base religiosa, ligada a la persona del entonces “Dios negro” Haile Selassie I; que idealizaba al continente africano”.⁴

No veo por qué la sociedad en general hizo resistencia a la propagación del rastafarismo. Por lo menos es una aseercción arriesgada, puesto que ya no se puede probar. Pero lo que importa para el caso es la confirmación de que las autoridades institucionales sí le han hecho resistencia, algo que no sólo es probable, sino que aún se aprecia claramente. Y no sólo se aprecia en la calle, a ojos vista, o al convivir en las barriadas humildes con los rastafaris, sino también desde la óptica de estudios especializados. Marialina García Ramos, licenciada en Historia del Arte y máster en Antropología Sociocultural, escribió *De las reivindicaciones míticas a las tribus urbanas: Rastafarismo en La Habana* (2012) y valora así la propagación en estos días:

«Otra mirada que le demoniza o sataniza, que apunta más bien a su criminalización y se presenta también asociada a representaciones donde el rastafari, casi siempre negro y marginal, se vincula al consumo de drogas, acosa a extranjeros, “jinetea”, o aparece ungido de otras prácticas delictivas o informales. Considero, entonces, que una de

las cuestiones más polémicas radica en cómo la criminalización de estos sujetos se ejerce también desde las autoridades policiales y otras instancias de poder. Son frecuentes, en ocasiones, prácticas y discursos que insisten en catalogar a estos jóvenes como fuente de peligro y riesgo para el orden ciudadano». ⁵

Ni Velázquez Pérez ni Larenas se muestran inclinadas a identificar la actitud intolerante del gobierno como primera causa de la tardanza del asentimiento rastafari en Cuba. Tampoco parecen ver con preocupación la actitud del poder político ante este movimiento en la actualidad. Al abordar las causas de su tardío auge, Larenas peca de una ligereza conceptual que es bastante común entre los investigadores cubanos adscritos a instituciones estatales que se dedican al estudio de temas relacionados con los descendientes de esclavos. Para ella, el incremento del rastafarismo de los últimos años «ha sido consecuencia, además, de la difícil situación que provocó la crisis vivida en la década. La cual trajo como resultado una evidente diferenciación socioeconómica y la consecuente desigualdad de oportunidades en el acceso al bienestar material y espiritual». ⁶ Y es así como olímpicamente otro investigador cubano vuelve a pasar por alto que esa evidente diferenciación socioeconómica, con su consecuente desigualdad de oportunidades, no es un fenómeno surgido con la crisis de los 90, sino mucho antes, y que el detonante de la crisis no hizo sino ponerlo al descubierto.

En el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas se trasluce la tendencia a presentar a los rastafaris como movimiento que, desde su carácter sui géneris, no desecha la disyuntiva de acercamiento al poder político: «Los rastafaris cubanos —dice Larenas— pueden ser considerados como herederos de una tradición nacional relacionada

con la lucha del negro por su participación como sujeto en la sociedad. Ellos reproducen, estableciendo los vínculos necesarios con la realidad actual, esta tradición y la utilizan como una herramienta para su producción y reproducción como grupo social».⁷

Habría que preguntar cómo les va en sus vínculos con la realidad actual a rastas como Héctor Riscart Mustelier, sacerdote Bobo Shanti y líder de la banda de reggae Herencia, preso sin pruebas en procedimiento amañado bajo cargos de drogas. La vista oral se celebró a puertas cerradas en una sala donde se ventilan los casos contra la seguridad del Estado. Y este no es el único, sólo es el más reciente. De igual modo habría que preguntarle a muchos rastas cómo reacciona la realidad actual (vestida de policía) ante sus retiros para rituales en los campos, hasta donde son perseguidos para llevarlos presos sin cargos, porque el miedo oficial a esas reuniones en grandes espacios abiertos, con el cielo como único testigo, no está contemplado en ningún artículo del Código Penal.

Últimamente, halando la sardina para su sartén, el gobierno ha organizado retiros masivos y vigilados in situ, como el estival *Hombre, vida y naturaleza*, celebrado en Cienfuegos. Son múltiples los ejemplos de la ojeriza gubernamental ante el auge de lo rastafari, por más que se pretenda disfrazar con hipócrita y manipulador paternalismo. Para no extendernos, tal vez sean suficientes otras pocas preguntas, no a los rastas sino a las autoridades o a sus empleados para la promoción de opiniones:

- ¿Por qué a los rastafaris cubanos, en sus centros de trabajo, les exigen cortarse los dreadlocks o, de lo contrario, quedan desempleados?

- ¿Por qué, en general, les resulta tan difícil conseguir un empleo en las entidades estatales?

- ¿Por qué razón las únicas posibles opciones de empleo para los rastas en La Habana son limpiando calles, en la agricultura o en la construcción?

- ¿Por qué en nuestra isla, tal como sucede en cualquier otro país del mundo, no hay rastas médicos, periodistas, científicos, profesores, gerentes, o diputados de la Asamblea Nacional?

- ¿Qué ha impedido y qué impide hasta este minuto que la Organización de la Casa Rastafari en Cuba, concebida únicamente entre los claustros rastafaris, no cuente con un respaldo legal?

Bibliografía:

- 1-Larenas Álvarez, Alejandra Angie: “La inserción social del rastafari en Cuba: ¿Tendencias contraculturales?”, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/031115L087.pdf>
- 2-Hansing, Katrin: “Surgimiento y desarrollo de los rastafari en la Cuba socialista”, <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=2554>
- 3-Velázquez Pérez, Karina: “¿De lo Sagrado a lo Profano? El Yo Rasta en Cuba”, <http://www.monografias.com/trabajos82/sagrado-profano-yo-rasta-cuba/sagrado-profano-yo-rasta-cuba2.shtml>
- 4-Furé Davis, Samuel: *La cultura Rastafari en Cuba*, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2011.
- 5-García Ramos, Marialina: *De las reivindicaciones míticas a las Tribus Urbanas: Rastafarismo en La Habana*, http://www.ahs.cu/secciones-principales/entrenos/contenido/rastafarismo_en_cuba.html
- 6-Larenas Álvarez, Alejandra Angie, *Ob. cit.*
- 7-*Ibidem.*